

Uno sabe pocas cosas. Y una de las pocas que sabe es escribir más o menos bien.

Por eso me piden de aquí y de allá que les escriba algo sobre...lo que sea. Unas veces es para revistas serias (?), otras para boletines o revistas más intracongragacionales, otras para una revista colegial, en fin...que no sé negarme. Incluso a veces me piden que escriba para la Revista de FERE, y me cercenan, claro, por extenso dicen ellos; yo creo que es por otra cosa.

Este articulín -un amigo dice que es "una perla"- me lo pidieron unas religiosas para su revista primaveral. Y habiéndome gustado cómo quedó al final, he decidido "colgarlo" de la web. No creo que por esto me cuelguen a mí.

Si no os gusta a los que vayáis a leerlo, decídmelo. Me vendrá bien.

¡Cambiamos tanto...! ¿De verdad cambiamos tanto?

Me gusta la primavera. En eso soy muy normal. En otras cosas, menos. Paso unos días de alergia primaveral estornudando, lo soporto con paciencia, tomo unas pastillas y espero. Mas lo importante es otra cosa: ver renacer la vida me llena de entusiasmo, de esperanza, sin que llegue a ser un optimista bobalicón. He de confesar que para mí la primavera comienza casi con la cuaresma. Es otra forma de renovar la vida. Alejo la tristeza - uno de lo mayores pecados de los cristianos y de los que casi nadie se acusa-, dejo atrás los colores oscuros y me visto lentamente con un poco más de luminosidad, me planto ante mí mismo y me digo: "ha pasado un año y lo notas, pero qué importa; es otra la oportunidad que se me ha brindado, gracias." Y miro los árboles recién podados como van despertando en sus brotes. Y miro algunos rostros, los de los más amigos, y contemplo cómo una nueva luz les asemeja algo más al resucitado. A algunos, les saludo con aquello de O. Wilde: "Discúlpeme, no le había reconocido, he cambiado mucho". Sí, porque el que noto que cambia soy yo: en cautela, en precisión, en serenidad, en distancia, en respeto, en afecto, en valoración, en firmeza creyente, en esperanza luminosa, en... y me mantengo cada vez más yo mismo. He tardado, pero lo voy consiguiendo, en decir como W. Somerset Maugham: "Sólo avanzada ya mi vida me di cuenta de cuán fácil es decir "no lo sé". Ya puedo manifestar, sin miedos ni complejos, sin temor a quedar mal: "no lo sé". ¡Hay tantas cosas que no sé cuando llega cada primavera, cuando la vida renace, cuando la cuaresma se acerca, cuando la semana santa se presenta, cuando la resurrección está cerca...! ¡Hay tantas preguntas sin respuesta...!

Cada primavera se agolpan las preguntas, año tras año; sobre todo las preguntas fundamentales de la fe, del sentido de una opción por Jesús de Nazaret, el hombre-Dios, el Dios-hombre. Comienza cada primavera el itinerario hacia la Pascua, hacia la vida resucitada, la de Él, y en cierta forma la nuestra propia. Pero antes, está el camino, el trayecto y el proyecto de vida, están los deseos de conversión, la ceniza purificadora, las pruebas del desierto, la intensidad de la búsqueda, la oración que quiere ser más sincera, el silencio que se anhela, la fuerza del tiempo o todo ese "tiempo fuerte" que supone la cuaresma, pero también están los viajes, la vida, los encuentros, los cansancios, los miedos, las dudas, los deseos, las noches de insomnio, los árboles floreciendo, las tareas, los malos ratos, los instantes fugaces de dicha pasajera... está la pascua al fondo, como horizonte vital del creyente donde las dudas se amalgaman con las esperanzas. Está bien, todo está bien... Está como tiene que estar cada año, cada primavera. Todo está a la espera del instante definitivo en que la luz ¡la Luz! no se hará, sino que será. Todo, espero, será luz. Y la ceguera pasará o será de otra manera. Cegados por la luz será otra forma de ver.

Y la resurrección, la mía propia, por haber creído en la del Otro más fiable que yo, la de Jesús, se hará posible. No sé, no sé cómo será, ni cuándo, ni de qué manera, pero... será, tiene que ser. Por la sola razón del amor, de esta larga espera.

Sí, claro, lo sé, mis amigas y amigos de “Eslabones” -¡qué nombre tan bien puesto!- porque eso es lo que es cada año, cada primavera, cada resurrección, cada espera... un eslabón que me une, que nos une a la larga cadena de los iluminados por la Luz de la espera; sí, repito, sé que están esperando de estas líneas en las que uno vierte algo del alma propia (no toda, algo dejo en el “almario”) un cuento final luminoso o iluminador, como se quiera. Se me ocurre esta pequeña historia primaveral en medio de esa nuestra ceguera en el trayecto cuaresmal creyente. Es bonita. Que cada uno se la aplique como mejor pueda y le dejen. Pero sobre todo, pidamos que sea Jesús el que pase a nuestro lado y nos reescriba nuestra carencia. Léanla despacio.

Dicen que había una vez un ciego en la acera de una calle, con una gorra a sus pies y un cartel escrito con tiza que decía: Por favor, ayúdenme, soy ciego. Y ponía “favor” con b. Qué más le daba a él.

Pasaba por allí un creativo de la publicidad, un diseñador de publicidad, que se detuvo frente al ciego que no le veía y pudo comprobar que había unas pocas monedas en su gorra. Sin pedirle permiso al ciego, cogió el cartel, le dio la vuelta, cogió la tiza y escribió otro mensaje.

Volvió a poner el pedazo de madera que hacía de cartel sobre los pies del ciego y se fue.

Por la tarde volvió a pasar aquel publicista por delante del ciego y pudo comprobar que la gorra estaba llena de billetes y monedas. No pudo menos que sonreír. Entonces el ciego, reconociendo sus pasos y el olor de su perfume, le preguntó si era él quien había reescrito su cartel, y sobre todo que le dijese qué había escrito en el cartel.

El publicista le contestó: Amigo, nada que no sea tan cierto como tu anuncio, pero sólo que con otras palabras.

Sonrió de nuevo y siguió su camino. El ciego nunca supo que su nuevo cartel decía: «Hoy es primavera, pero no puedo verla».

Ojalá nosotros seamos capaces también de “ver la primavera”, de ver y de vivir la vida de otra forma.

Es mi deseo pascual. Mi felicitación sincera.

**José Antonio Solórzano Pérez, op
Revista Eslabones**